

como si un timbre, una vibración sobre cristal fuera a quebrar algo en mil pedazos.

En una muñeca lleva una gruesa pulsera de oro, y en un dedo una sortija del mismo metal. Ambas van unidas por una cadena. Cuando silba, Rosita pone levemente la mano sobre la boca. La primera impresión de los públicos es la de que Rosita produce aquel limpio sonido con un silbato de oro. Luego baja la mano, sonrío y sigue silbando. En los ritmos trepidantes, Rosita es un volcán.

¿La debilidad de esta singular artista? Los animales. Su tremendo amor por los animales. Sobre todo, por los perros.

De Estocolmo al Cairo, de Nueva York a Madrid, de Helsinki a Roma, de Tokio a Berlín, Rosita siempre lleva consigo dos o tres perros. Perros magníficos, dignos ejemplares de exposiciones y concursos.

—Pero eso no importa —me dice—; yo recojo a todos. Mi casa es una guardería de perritos.

Es cierto. Ya Curzio Malaparte, en su libro «Kaputt», hacía esta referencia de Rosita, cuando allá en Estocolmo, en su casa de la calle Karlaplan, núm. 10, casa en donde vivió Stringber y Maioli, tenía diez perros *basets*, que escandalizaban a toda la vecindad.

—Pero nadie protestaba —exclama—. Y yo la comprendo perfectamente al ver su sonrisa deliciosa pidiendo indulgencia.

Ahora lleva dos *poddler* maravillosos. Uno se ha puesto de pie y apoya sus patas delanteras en mis pantalones. Yo no puedo protestar y creo que nadie sería capaz de hacerlo.

Una sonrisa de su dueña los salva.

Así se salvó muchas veces «Zar», un perro lobo que yo tenía.



⁴² **Joséphine.** Josefina sólo hay una: la «Baker». Y Josefina ha tenido la delicadeza de dar un poco de historia teatral a Madrid. Ya siempre se podrá decir al nombrar a Josefina en mil historias: «Josefina se despidió de los públicos en Madrid, en Mayo del 56. Acababa de cumplir el medio siglo y estaba como nunca».

Hasta para eso, para el grato recuerdo, Josefina ha sido inteligente. —No quiero que me recuerden vieja y en decadencia.

Claro que, para estos lujos, no todos los artistas están económicamente preparados.

Muchos se han preguntado: ¿ha sido el destino, final de una tournée, o la propia voluntad de Josefina la que quiso a Madrid como escenario de su despedida?

Por Josefina nadie lo sabrá. Josefina es demasiado diplomática, cuando quiere, para provocar celos. Ella quiere a todos y que entre todos haya concordia; por eso dió ejemplo y tiene siete hijos adoptivos de siete razas diferentes, a los que quiere por igual y a los que por igual mima. Ahora, después de su retirada, se va con ellos y con su marido a descansar para siempre entre las frondas y jardines de su casa-castillo de Milandés, en el Périgord.

—Para mí sólo hay una raza: la raza humana, el ser humano.

Y esto lo dice la mujer que por su condición de negra y sus manifestaciones antirracistas contra Norteamérica, se le negó la entrada en el país de la libertad y de la democracia. Sin embargo, allí nació. Nació por casualidad, por equivocación. La verdad es que rara vez somos, ni biológica ni espiritualmente, de donde nacemos.

¿Cómo Josefina, naciendo en Nueva Orleans, que, por otro lado, por muy nueva que sea siempre será Orleans, podía haber vivido, triunfado y terminado como artista y ser humano en Norteamérica?

Difícilmente. «Aquello» es Norteamérica, aunque Nueva Orleans sea lo más latino, lo más español y francés de conquistadores y colonizadores.

A Josefina no le bastaba, y plenamente por geografía y espíritu tenía que venirse a la vieja Europa «para vivir».

Es decir, a la plenitud de lo español y de lo francés; y si a la plenitud de ambas cosas vivió, a nadie debe extrañar que a la plenitud de ambas cosas desaparezca.

Entre España y Francia está su vida; ¿son, por tanto, las circunstancias fortuitas las que han hecho que Josefina termine su vida entre Madrid y París?

Josefina nació en Sant Louis el 3 de Junio de 1906. En la página 47 de su «Mémoires», declara textualmente: *Mon père était espagnol.*

¡El triunfo del «imperio» español es el triunfo de la fisiología y el amor contra todos los racismos y prejuicios!

En el 1921, Josefina debuta en Norteamérica. Tenía 15 años. En

Nueva York alcanzó su primer éxito en «Shuffle Along».

Final de la primera guerra mundial. El *jazz* sube trabajosamente el Missisipi y conquista el Norte. Luego Europa. Los empresarios *en-negrecen* sus espectáculos. «Lo negro» causa sensación. ¿Es *snobismo*, es un descubrimiento? Triunfo del *charleston*. El arte negroide es un hecho. Rotas las cadenas, la invasión es total. La sugestión, completa.

—¡Negros, más negros!

El 22 de Septiembre de 1925, desembarca en Cherburgo Josefina Baker.

Dos acontecimientos jalonan la historia de los espectáculos modernos. Son, salvando las distancias de mayoría y minoría, calidad y espectacularidad, la aparición de los «Ballets Russes» —Diaghilev-Nijinsky— y la presentación de Josefina Baker en el *Théâtre des Champs Elysés* en la «Revue Nègre» con Louis Douglas de *partenaire*. Fué entonces cuando se dijo de Josefina: ¡¡Es la selva!

Después, chorros de tinta y volúmenes de literatura.

Berlín, con Max Reinhardt; París en el «Folies Bergère», revistas como «La Folie du Jour», y cuadros como «Fatou» y «La Boule de Flours», el *cake-walk*, el *charleston*, bailado con un exiguo cinturón de simuladas bananas, la pintura galante de Doumergue, el cinematógrafo y siempre, siempre Josefina bailando y bailando.

Josefina se convirtió ayer exclusivamente en Josefina Bouillon. En realidad, ya lo era hacía tiempo, pero todavía existía la «otra», «la Baker», cuando vestida con exquisita elegancia (¡veinticinco años desde aquel *endemoniado* baile a cuatro patas!), educada entre un constante corro de políticos, escritores, financieros y artistas, aparecía aún en escenarios y clubs nocturnos a hechizar con su risa, su lamento negro, su picardía francesa a los públicos de todo el mundo.

Josefina dijo adiós para siempre desde un escenario. Se acabaron los modelos de Dior, de Balmain, de Haim; los bordados, las sedas, los *lamés*, las gasas, los turbantes y las mascarillas...

Se acabó todo. Sólo queda para ella su marido y siete chiquillos.

—¡Sí, todos muchachos —ha dicho—; así, cuando sean mayores, no habrá conflictos; el sexo no tiene cabeza!

Yo tuve la fortuna de verla en Septiembre de 1948 en el *Teatro de la Zarzuela*, de Madrid. Entonces, por mediación de una bailarina que actuaba en aquel espectáculo, Thel-

